

TIEMPO

*Ojalá el hielo,
nunca toque su sol.
Ojalá Caetano,
nos cante una palabra.
Ojalá Carlinhos,
nos toque su tambor.
Ojalá mi próximo trago,
sea ahí, con vos.*

...leía con su voz cándida y encendida de siempre. Yo lo miraba, sumergida en una fresca manta veraniega que habíamos comprado en Brasil años atrás. La cama era testigo presencial, mientras las gaviotas paseaban por la ventana, inquietas. Un tibio ojo de sol nos circundaba en un abrazo de madre; desaparecía lo último del día, la última luz.

Me dijo que me amaba, y en un encuentro de miradas de esas que son cálidas en invierno y refrescantes en verano, nos dimos un abrazo.

El viento trotaba con fuerza, la manta revoloteaba intranquila, mientras el silencio absoluto, pleno, llano, nos dejaba en evidencia: reíamos tanto, pero tanto, que podríamos haber despertado al mundo entero.

Luego de un conjunto de instantes, él cerró los ojos, y yo lo miraba fascinada, agradecida, deseándole que tenga los más felices sueños, para que al recordarlos formen parte de mi cuento, de mi cuento feliz.

Descalza y con sabor a domingo en mis labios, caminé hacia la cocina lista para preparar una merienda que acompañara nuestra tarde. Mientras calentaba agua y leche, serví unos pastelitos en un plato, que luego apoyé sobre la bandeja. Seleccioné cuidadosamente un té, busqué mis tazas favoritas, y me paré frente a la ventana. Corrí la cortina con prisa, queriendo invitar a la última luz a la merienda. Observé a través del cristal que todo estaba quieto, inmóvil, vacío. No había personas, ni perros, ni colibríes, ni sonidos. Tampoco las inquietas gaviotas. Sólo las formas de las sierras teñidas de lo poco de luz que quedaba.

A través del vidrio y mirando de costado el jarro donde calentaba el agua, pensé una rima que tal vez un día forme parte de una poesía:

*Ciego el viento,
que derriba el tiempo*

Repitiéndola para mí misma, terminé de armar la bandeja y volví a la habitación. Él seguía dormido, acostado en diagonal sobre la cama de la manta veraniega. Apoyé la bandeja con la merienda mientras él se incorporaba al día nuevamente, antes que la noche caiga sobre nosotros.

Sin decir palabra alguna, él de un lado de la bandeja, yo del otro, pensé con un aire casi existencial:

*Vos, las tazas, yo:
ya no somos los mismos*

Abrí las cortinas, entraba un aire tibio y el color del majestuoso cielo a punto de apagarse. Mis ojos se asomaron sin querer y vieron el campo árido, desértico. El día se había tropezado ya, con la noche.

Me pregunté cuál sería la urgencia de la noche por destronar al día. Me pregunté por qué el tiempo, con desinteresada pasión, nos convierte en polvo; y si ese polvo sería luego semilla y un largo etcétera de cosas que no cabían en un domingo.

Sentí algo de frío en mis pies, me acerqué a uno de los cajones de la cómoda, tomé unas medias de lana, cuando mis dedos tropezaron con un objeto peculiar aunque un objeto más. No recordé haber visto antes el medallón de oro que tenía ahora entre mis manos; ni mucho menos, sus caracteres grabados que formaban la siguiente oración:

*Y porque te tengo guardada en el pecho, es que respiro...
y porque estás me entra aire que quisiera poder darte*

Dejé el medallón donde estaba, con seguridad no me pertenecía.

Me abrigué con las medias, retomé mi domingo de silencio, me cubrí con la manta brasilera. Sonreí viéndolo despertar, estirar sus brazos que me acarician, abrir sus ojos que me miran. Serví el té, me apoyé sobre el respaldo de la cama y con un suspiro incandescente repasé con mis pupilas su rostro.

Me sonrió, con una mueca, me miró, con ternura; y dijo en un tono neutral, casi perfecto:

Ayer fue el fin del mundo.